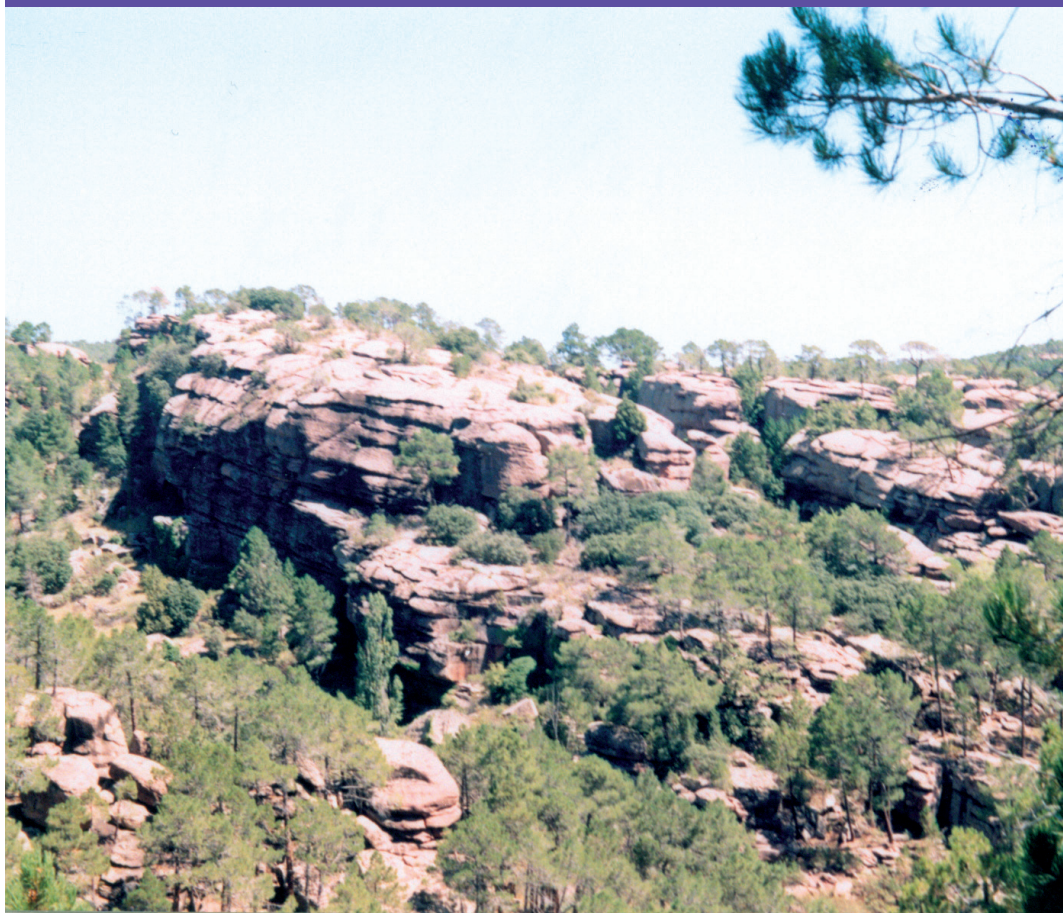


RODENO DE BEZAS

UNA EXCURSIÓN POR LAS TAJADAS

Nº 13



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Una excursión por Las Tajadas

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Panorámica de Las Tajadas. Gran desfiladero que conduce a la Balsilla, puerta principal de subida a la plataforma de 150 metros de largo. “Castillo” troglodita con puertas defensivas y matacanes protectores en las cornisas, cuyos asentamientos son muy visibles en la roca.*
Julián Sánchez, 1996.

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Marzo 2012

Una excursión a Las Tajadas

Bajamos por la Sendilla, antiguo camino de herradura teniendo que vadear el río, que ese día venía con turbulencias, por aportes de varios barrancos tributarios, que habían “salido” después de una noche de tormentas.

Fue una fresca mañana de agosto, para redescubrir el sector por donde se paseaban las fuinas en sus habituales desplazamientos, de este maravilloso paisaje, que nuestros abuelos de Bezas bautizaron, acertadamente con el apelativo genérico de Las Tajadas, topónimo de primera, pues como veremos, ese territorio encierra en sí suptopónimos de segundo y hasta de tercer grado. Lo veremos.

* * *

Se trata de una visita de pura cortesía, un año más, por esta sugestiva orografía de naturaleza singular, con abundantes accidentes físicos a prueba de habilidad y coraje; pero el fin lo merecía.

Los pueblos aplicaron siempre la forma más simple y cómoda, y a la vez un tanto encantadora, para dar a cada fracción de territorio el apelativo que más cuadrara a su situación o fisionomía; con mucha frecuencia también se tomaban decisiones un tanto “jocosas”, que no a todos sentaba bien, pero que ahí se quedaron. Y esto ocurría no solamente en medios urbanos –con los apodos, por ejemplo–, sino también en medios rurales, de todo lo cual resulta una toponimia de lo más variopinta y rica.

La toponimia de grado superior encuentra en Las Tajadas su máxima expresión como denominación del conjunto; pero no es convincente en cuanto se trate de localizar el detalle, para eso habremos de recurrir forzosamente a topónimos de segundo y tercer grado.

No haríamos nada con saber que uno se fue a pasar una tarde a “ese bonito lugar de Las Tajadas”, y resulta que no llegó más que a “Pradillo

Redondo”, a la cerrada “del tío Guillermo”, porque todo eso le resultó tan bello que no pasó adelante; con lo que se perdió el encanto de llegar hasta “el Toril” cerrada del “tío José” dentro de un conjunto torturado a fuerza de haber sido sajado por el tiempo aunque adornado por el hombre con sus trazos culturales.

La gran subtoponimia, que los abuelos desgajaban de la toponimia dominante –también, a veces, del gran apodo–, hacía reconocible, sin más, a cualquier persona o cosa; ahora diríamos que era el gen principal de la persona o cosa, mapa imprescindible para la vida de aquellas pobres, pero “listas” gentes.

Podemos poner un ejemplo, seguro que con él, orientamos a quien conozca Las Tajadas y encuentre solución al posible conflicto que le puede surgir en la excursión que se dispone a hacer.

Veamos. Si queréis encontrar agua que en verano no es fácil en todo el conjunto de Las Tajadas:

Queréis ir a los cerrados de Calixto. Tomar por el Barranco de las Canales, puede que haya agua en alguna clocha, o bien en los pozos de los cerrados del tío Wenceslao o el tío Esteban; en Pradillo Redondo, pieza del tío Guillermo, o en la balsa de la Cerrada del tío Florentín, en la base de Tajada Bajera o en el Pozo del Toril, del tío José. Por el desfiladero de Cueva Morena en el cerrado de la Balsilla de los Gayubas, junto a la piedra está la balsa; luego, en los cerrados de Calixto, último cerrado antes de tomar el Barranco del Lobo, junto a la piedra, seguro que encontráis agua, de la acequia de saneamiento de los cerrados.

Obsérvese que hemos mezclado topónimo principal, “Las Tajadas”, subtopónimo, “Barranco las Canales, Tajada Bajera, de el Toril, Cueva Morena, Cerrado de los Gayubas, Cerrados de Calixto y Barranco del Lobo”; y citamos también los propietarios de los cerrados, como topónimo de tercer grado; así es difícil perderse, y se encuentra lo que se busca.

Una excursión por Las Tajadas



Equilibrio en el Rodeno, Cerrados de Calixto. Julián Sánchez, verano 2007.

Para orientarse en una excursión existen medios y formas casi infalibles, partiendo siempre del sistema de orientación que conocemos y el punto cardinal de donde partimos y a donde queremos ir.

* * *

Puedo dar fe, porque soy testigo, de que cuando se abrió expediente para declarar Las Tajadas Bien de Interés Cultural y Pinares Protegidos después, alguien hizo llegar a la Diputación de Teruel esta idea que debió de parecerles algo intrascendente y no digna de ser tenida en cuenta, Así nos encontramos tantos años después, que excepto las dataciones científicas de Ortego, tras sus lejanísimas prospecciones a las que me honro haber colaborado, sobre el propio terreno, en subtoponimia y señalizaciones al pie del propio documento o cosa cultural curiosa, queda muchísimo por hacer. Hay que renovar y mejorar los calcos colocados y colocar otros muchos.

La Ruta de las Fuinas

Relato de una excursión a Las Tajadas de Bezas en el verano de 1989

Armados cada cual como mejor caía a su particular acomodo o a la riqueza de los arsenales de que se dispone en la vieja casa del pueblo, tan rancia ya en el tiempo como en nostalgias, que sugiere cálidos recuerdos de un pasado que casi es ayer; esa mañana los tres queríamos demostrar una vez más, que el tiempo no borra de las mentes agradecidas la generosidad de una tierra que aun sabiéndose tan pobre, hasta bien poco hace se ocupó de todos nosotros y aún le sobraba amor y caridad. A ella le servía y le bastaba saber de nuestras necesidades y daba una y otra vez todo lo que tenía, que hoy, a fuerza de no quererlo,



Este buraño y astuto animal, tan abundante en épocas pasadas recientes, por los enormes peñascos del Rodeno, los grandes acantilados de los ríos, todavía es frecuente verlo; como a la pizpireta ardilla, el tejón, el sagaz zorro, el jabalí, y gran número de encantadoras aves y pajarillos. De estas desoladas comarcas, la mayor perdedora ha sido la especie humana; y tanto la una como la otra será ya muy difícil la total recuperación.

de no saber qué hacer con él, se le ha ido tristemente de las manos; ya casi estéril en dádivas materiales, pero aún no del todo, que nos llama y nos atrae para nutrir nuestro espíritu al menos, que en eso es cada vez más pródiga y generosa.

Curiosa se nos hace la situación, esta preagonía de nuestros pueblos, de nuestras tierras queridas que parece no tener fin. Aquí cada vez es más necesario el hálito, una vez siquiera, de tanto hijo disperso, para mitigar el trauma de la postración forzosa de seguir y seguir. Hay algo también de impropio en este comportamiento observado y hasta pensamos si serán síntomas para la confianza, la euforia de esta veteranía, acomodaticia al entusiasmo atemporal del momento, por mor de la propia vida y unas circunstancias comunes, que nos hacen querer cada vez más lo que perdimos antaño, lo que estamos perdiendo a diario, lo que nos afanamos por recuperar tan pronto como podemos, el contacto con el medio, nuestro origen.

Paco, que atesora en sí el bagaje de todo el conocimiento teórico y práctico y hasta burocrático, de las cosas forestales por excelencia; con su callada compostura de viejo zorro que se mueve por igual en los medios capitalinos y rústicos; relativamente enigmático, hasta el punto que a uno se le haría difícil opinar sobre sus preferencias y amores, a la usanza del clásico pateador de montes, cuando preciso sea; sin que le faltase su vieja amiga al hombro y zurrón; que a veces en el monte surge la sorpresa, o que estamos en tiempo de caza y algo puede ponerse a tiro y no sería cuestión de hacerle ascos.

Quintiliano, viejo zorro también, no menos conocedor y amante de estos lugares, por cuyos pagos encontrara antaño lugar y trabajos para curtir su gran humanidad física, acallando a la vez otros amores para un mayor acrecentamiento del cariño a esta vieja tierra. Grueso garrote del abuelo, que tantos malos pasos evitó, para apoyarse si las fuerzas fallaran y por si fuese preciso para otros usos, que nunca se sabe. Aquí en Las Tajadas es necesario el garrote.

Un servidor, iguala a cualquiera en cariño a lo suyo. Con el recuerdo siempre encima de sus pocos años mozos vividos aquí y por aquí pasados, que ha hecho ya de Las Tajadas su santo y seña; acicalado a mi modo y siempre con las preocupaciones encima que la experiencia aconseja son necesarias cuando se visitan lugares tan sumamente bellos, pero que pueden tornarse agresivos por naturaleza.

Hay que buscar el paso de las “Güinas”

Hemos estudiado detenidamente y nos aprestamos los tres unidos por camaradería, amistad y parentesco a tercerías, a descubrir esta ruta, nueva para algunos, que siempre es bueno añadir algo al conocimiento particular, que años hace ya la descubrieron nuestros abuelos y guardaron con esmerado celo el secreto de esos senderos, con el instinto y las buenas artes del viejo trotamontes, que tan bien se sabía los oficios mil necesarios para alimentar a la prole, cual “zorra que cría siete”, se decía por allí, a la vez que el propio ego particular, que era preciso cuidar, en constante y sempiterna competencia con el vecino, a quien había que ganarle siempre si era posible, acudiendo a la astucia y mil artimañas o impelido por otras necesidades.

Indispensable se hace a todo aquel que desee empaparse bien de estos lugares, verdadero monumento de la naturaleza, ascender a Tajada Bajera. Desde esta cumbre inmaculada, plataforma enorme casi inaccesible, playa donde uno puede hartarse de sol y brisa reconfortadora, los tres diseñamos el camino a seguir hasta llegar al paso de las “Güinas”, que no estamos muy seguros de localizar, pues la ruta seguida por estos belicosos mamíferos discurre por verdaderas atalayas de piedra, profundísimas grietas y cavidades y laberintos sin fin, que les hace pasar desapercibidas al ojo del cazador.

Desde tan bello observatorio, los tres oteamos los constreñidos horizontes cuajados de pinos y peñascos enormes. Dice Quintiliano no recordar bien la última vez que estuvo con el abuelo Florentín, pero sí que tiene idea. No conoce Las Tajadas tan bien como llegó a conocerlas

el abuelo, que pasó la mitad de su vida en la gran cerrada y conocía perfectamente cada callejón, cada grieta, cada rincón del conjunto y él fue quien lo condujo una vez al paso de las Fuinas, epicentro mismo de la ruta que estos animales usaban en sus larguísimos desplazamientos y que es de suponer aún sigan usando. Esto son Las Tajadas, lugar ideal para el medro de la fauna y flora, donde sin duda alguna la garduña, el gato, el zorro, el tejón y una gran variedad de depredadores y aves, vivían entonces una existencia feliz.

Se trata de una gran depresión en el mismo centro de la cordillera baja del Rodeno y nada de extraño tendría que la fuina llegase en sus escarceos caprichosos o de necesidad hasta las mismas puertas de Albarraçín, por los enormes peñascos de los Buitres y de los Cuernos, hacia las Peñas Royas. Residencia fija en Las Tajadas o parada y fonda en sus desplazamientos; con salto a Peña de la Magra y del Acerollo, por los bonitos acantilados de las piezas del Rodeno en el Saltillo y por las enormes paredes y grietas de Peña de la Cruz; de puntal en puntal a Peña Redonda y los desfiladeros de las Olivanas. ¿Llegaron a pescar nuestras fuinas de Las Tajadas, las mismas que cruzaron el paso que ahora andamos buscando, en los ríos de Albarraçín y de Tormón? Es más que posible, dado el carácter trashumante de estos astutos mustélidos, aún no extinguidos. Merece la pena ascender a Tajada Bajera, el espectáculo que se presenta a la vista cautiva, y de paso vemos, en la parte más alta del peñón; al pie de un elegante monolito, mirando a Levante, está la grieta natural, túmulo reposo del hombre rupestre, que debería haber sido señalizada. ¿A qué esperan estos “entendidos”, que en cuanto aparecen nuevos y bellos paisajes se hacen ellos “casi los amos” y sin embargo cometen una omisión como ésta?

Caminando hacia nuestra meta

Hoy nuestra principal misión es encontrar el paso de las Güinas, pero ello no nos impide dedicar algunos momentos, dentro de los senderos que seguimos, a examinar los abrigos tan abundantes y covachas, algunos de paredes enormes y lisas. Tenemos mucha curiosidad, intuición e interés.

Nos encontramos en medio del gran poblado natural troglodita que los bezanos conocemos desde siempre. Somos de la misma opinión de Ortego, nos parece muy poco lo descubierto, creemos que hay muchas más pinturas rupestres que las que entonces descubrimos y como la iniciativa oficial que tiene los medios y el dinero no hace nada, actuamos por nuestra cuenta y llevados por el amor a lo nuestro. Porque cada día habrá más dificultades, la enorme vegetación lo cubre todo.

* * *

En lo angosto de la Cañada, dando ya vista a los Cerrados de Calixto, apunta un farallón enorme, en cuya base bien al abrigo del cierzo y al amor del sol, cerraban las cabras familiares nuestros.

– Aquí parece ser, dice nuestro por hoy jefe de expedición.



*Pintura rupestre, figuras antropomorfas. Descubrimiento en el verano de 2004 por J.S.V. y A.M.S.
Foto J. Sánchez. 2004.*

Una excursión por Las Tajadas

Y con gran agilidad comienza a trepar por el peñasco, como si tal cosa, entre dudas por elegir el mejor camino.

Es innecesario subir los tres de momento, porque además ya el sol calienta de firme y no es caso de perder energías, que la excursión está a medias. Quedamos dos en la base bien cobijados en la sombra, y escuchando la brisa mañanera y la gran sinfonía pajaril, entre lo que destaca el canto del martín carpintero, tan abundante por estas zonas, con sus estridencias alocadas pero tan agradables al oído.

– Aquí está, se oye la voz de Quintiliano, que se le nota contento por el hallazgo. Y hasta él subimos nosotros como podemos, que el ascenso no resulta fácil. Un rápel ligero, pero asegurándonos y agarrándonos donde podemos con pies y manos. Se trata de la cara norte del peñasco, que conserva aún la humedad de la noche. En estos parajes tórridos durante el día, las noches son pródigas en rocío que llega a mojar te cuando transitas por sus praderas o yerbazales. La piedra presenta en toda su cara un tupido velo de musgo verde, inofensivo cuando está seco pero peligrosísimo cuando se presenta con humedad producto del rocío de la noche o de la lluvia, por lo resbaladizo e inseguro.

La piedra del Rodeno es bella, pero este musgo a la que es tan propensa le hace muy peligrosa, pues es frecuentísimo el resbalar y las consecuencias podrían ser rodar al vacío, a profundos barrancos y grietas.

Jadeantes y sobre todo sudorosos llegamos a la cima del peñasco y sobre una larga plataforma a modo de balconada, cubierta de gayubazos y quejigos, con hermosa vista al gigante de Peña del Hierro nos espera Quintiliano todo satisfecho.

Una grieta que separa dos moles desgajadas da lugar a un callejón conformando una covacha, que da paso a la parte oeste, deslizándose suavemente hacia los cerrados de Calixto. Entre estas dos piedras y al medio de la cueva se observa todavía en buen estado la pared de piedra tosca coronada con fajos de estepas ya secas, a modo de bardera y que

impedían el paso normal de las fuinas y en la base la gatera por donde el animal se veía obligado a pasar.

Debió costar mucho tiempo y paciencia hacer que las fuinas pasaran por la gatera. Tras vigilar a conciencia las andanzas y costumbres del animal con paciencia espartana, especialmente en las épocas de pequeñas borrascas en las que era fácil seguir el rastro, construían esas barreras con las gateras de forzosa salida. Seguro que estos inteligentes animales fueron reacios a pasar por allí, pero a través del tiempo pudo más la costumbre y terminaron por dejarse conducir. No es fácil abandonar hábitos, pasos considerados como seguros desde tantos años.

* * *

El descubrimiento nos agrada, nos llena de alegría, se trata de una tosca trampa que ya no cumple su misión, que ni siquiera sabemos si la cumplió, de facilitar a nuestros abuelos algún tributo representado por la valiosa piel de la garduña. Nos enfrascamos en deliberaciones y comentarios a veces jocosos, pero siempre llenos de encendido calor hacia nuestros paisanos de Bezas, que tan bien se conocían las artes de la caza, cuando cazar aquí constituía un medio más de vida, antes que un simple capricho o deporte; descansamos un buen rato en la tupida alfombra.

Estamos en posesión para nosotros tres solos de una atalaya soberbia y magnífica. El paso de las fuinas, desde donde se domina un paisaje exuberante y bello, que recorreremos minuciosamente con prolongadas pasadas de potentes prismáticos a los que nos pegamos golosos como si estuviéramos por primera vez en Las Tajadas. En este peñasco, en 2004, el amigo Arturo y yo descubrimos pinturas, dos figuras antropomorfas de color rojo. En nuestro frente la cara oeste de Tajada Somera (Peña del Hierro), una enorme pared de 150 metros de larga, cubierta de musgo verde oscuro, jalonada de quejigos, carrascas y pinos viejísimos que crecen increíblemente en grietas, un exponente prodigioso de esta naturaleza agradecida. Abajo el tremendo desfiladero que lleva directo al regajo

por entre huertos abandonados, y allá arriba a nuestra derecha, la gran mole de Peña de la Magra, feudo todavía del águila lebrera, el gavián y el azor, que es fácil observar a cualquier hora del día planeando y dejando oír su largo piar, sus acrobáticas pasadas, sus aleteos característicos como de polluelo que comienza a volar por primera vez.

Sin duda alguna que nos encontramos en la ruta indiscutible por donde estos pequeños y agilísimos animales podían hacer la travesía sin apenas ser vistos y con los mínimos peligros, al caminar por entre grandes aglomeraciones pétreas, donde además abundaban las presas indispensables para su dieta. Ruta legendaria sin duda alguna desde los más remotos tiempos en que estos lugares ya estaban poblados por tribus de buenos cazadores, que les acosarían sin descanso por otros lugares más accesibles y propicios. Y hasta quien sabe si el paso que hoy estamos contemplando no data ya de tiempos remotos también, olvidado durante algún tiempo u época de transición y abandono de civilizaciones, continuando después por nuestros contemporáneos abuelos.

Lo que sí entra dentro de la pura lógica es que las fuinas pasaban por aquí, seguramente desde siempre, pero desde luego sí al menos en épocas recientes, cuando el conjunto de Las Tajadas estaba totalmente cultivado, lleno de huertos y cerrados, de cuevas del ganado, de civilizaciones en suma, que hizo necesario a estos bellos mamíferos seguir estos increíbles caminos para su desplazamiento.

Hemos cumplido el objetivo, regresamos

La mañana camina a buen ritmo. Nos metemos en el día caluroso y decidimos regresar, aunque el paisaje invita a quedarse. Ya está cumplido el objetivo del día, pero aún queda por explorar o visitar algún bello rincón de este hermoso conjunto que conforman la zona de los Cerrados de Calixto.

Imitando de alguna manera a nuestra anfitriona la garduña, ya que en su casa estamos, tenemos que gatear un trecho hasta salir de la cueva

y descolgarnos por una amplia grieta que nos conduce directamente a los primeros cerrados. Una gran fronda de josma, biércoles y gayubazos, lugar ideal para el rebollón, el recordado “mizclo” de mi juventud.

Andamos como podemos por esta amalgama de maleza, estepas enormes y retorcidas de viejas zarzas, brezos y pinos; pinos pequeños y grandes, de todas las edades, hermosísimos pimpollos al lado de veteranos que ostentan las hendiduras viejas de la época de la resinación, que nos recuerda nuestros años de la resina, algo de lo que por allí todos conocemos y añoramos, no por la bondad del trabajo precisamente, sí por lo que para nuestro pueblo de Bezas suponía de riqueza y de vida.

En el lugar en que ahora nos encontramos, todavía el serrucho, no ha dado rienda suelta a su voracidad destructora. Pero sí los monstruos de ruedas de hierro abrieron unos años atrás una gran pista para robar al lugar una pírrica riqueza que se había acumulado a lo largo de cientos de años, que Dios sabe cuando volverá a recuperarse.

Estamos gozando hoy de esta naturaleza que nos queda y esperamos confiados que nuestro pueblo y otros responsables de Teruel y de Albaracín se sensibilicen y sepan acudir a tiempo y salvar del desastre que supondría talar indiscriminadamente estos pinares de Las Tajadas.

Ya se cometieron algunas atrocidades que no están totalmente explicadas ni justificadas, enormes pinos abandonados en lo escarpado de las peñas, después de haber sido abatidos, por la dificultad que suponía sacarlos de allí. Es un delito ecológico con desprecio económico, tirar bellos ejemplares de pinos en lugares pintorescos e inaccesibles y dejarlos allí para que se pudran¹.

Se acerca el mediodía y hace mucho calor. Salimos de Bezas con un simple desayuno y el ejercicio ha sido considerable. Qué lejanos los

1. El serrucho entró en acción nuevamente, eso fue en 2.002, con gran severidad diezmó este idílico paraje.



Equilibrio en el Rodeno. Cerrados de Calixto. Foto J. Sánchez, verano 2007.

tiempos cuando lo primero que se hacía al salir de casa, apenas rayando el día, era meterse al cuerpo una buena sartenada de gazpachos tostados. Qué tiempos.

Una fuente natural

Hay una fuente o clocha natural, que alimenta la acequia de drenaje de los cerrados y que pocas veces se seca, protegida por grandes lajas de piedra de modo que el sol jamás da al agua. Allí hacemos un alto y comemos con extraordinario apetito el bocadillo, que nos sabe a poco y nos hace recordar aquellas meriendas rústicas de pueblo, que los tres alguna vez y muchas, nos hemos comido por estos hermosos pinares y quizás también en este mismo lugar, que tanto hemos tran-

sitado en misiones diversas y jamás por puro placer, como lo hacemos ahora, sino en función de durísimos trabajos para la subsistencia de nuestras casas.

* * *

Terminado el ligerísimo ágape, me tiente una vez más, será ya la última por este año, el escrutar detenidamente la enorme pared lisa de la solana del barranco del Lobo; un amplio corredor resguardado de los vientos fríos, con restos recientes de fogatas que se hacían en los días de lluvia, cuando el agricultor-pastor-resinero, no podía seguir en el trabajo ese día y se refugiaba en las cuevas.

Es una manía la mía de mirar siempre en los abrigos y covachos en busca de pinturas. Me envenenó mi querido y recordado Ortego. Pero nada, no encontramos nada y nos dirigimos hacia el último tramo de los objetivos que nos marcamos al salir de Bezas. Una exploración más detenida, esta vez con linterna, de una grande y curiosa cueva, que termina en una salita cuadrada de paredes lisas, producto del desgajamiento de las rocas en épocas remotas. Que esto ha sido refugio de habitantes de las tribus de Las Tajadas es evidente; un examen más detenido arrojaría luces sobre el particular.

Sí que hemos encontrado en esta cueva señales evidentes del paso de las fuinas o gatos, excrementos para nosotros un tanto atípicos por inexpertos que somos, pero que creemos son de fuina y un esqueleto de una gran serpiente.

Es una evidencia más de que estamos en la ruta de las fuinas, que por estas cuevas descienden de lo alto, sorprendiendo aquí a cantidad de aves y en los cerrados a topillos, serpientes, etc. La gran familia faunífera de Las Tajadas hacen un lugar ideal para la fuina, como lugar permanente o de parada temporal para los individuos de otras zonas. Sus costumbres ancestrales son invariables, siguen un mismo camino en sus desplazamientos; solo de este modo nuestros abuelos pudieron fijar

con certeza la ruta, situando sus trampas en los lugares más apropiados para la captura.

Es un lugar excelente para su supervivencia y procreación de la especie, pero siempre hostil por la presencia del hombre desde las primeras civilizaciones.

La fuina terminó dejándose conducir a través de las gateras o pasos que su enemigo el hombre le preparó, quizás huyendo de otros enemigos que le acechaban por rutas más bondadosas, como un tanto consciente de que debía de ser así, que de vez en cuando rendiría tributo al señor de los entornos, poniendo su piel a su alcance, con todo lo que en aquellos tiempos suponía; primero como adorno y abrigo, después como aporte económico a la hacienda familiar.

* * *

La mañana ha sido generosa en sensaciones placenteras a nuestros sentidos y nuestras añoranzas. Y ya un poco cansados abandonamos los cerrados de Calixto por la angosta desembocadura del barranco del Lobo, donde por cierto topamos con la monda calavera de un jabalí de prominentes colmillos que el amigo Paco se empeña en arrancar.

Y dando trompicones, resbalando sobre la josma y el agua que discurre por el gran canal del barranco, nos descolgamos hacia el cañón del lado oeste de Peña del Hierro, plagado de cerrados abandonados, donde proliferan los cerezos, membrilleros, acerolos, parras y diversos frutales más que plantaron nuestros padres y abuelos.

La degradación lo invade todo

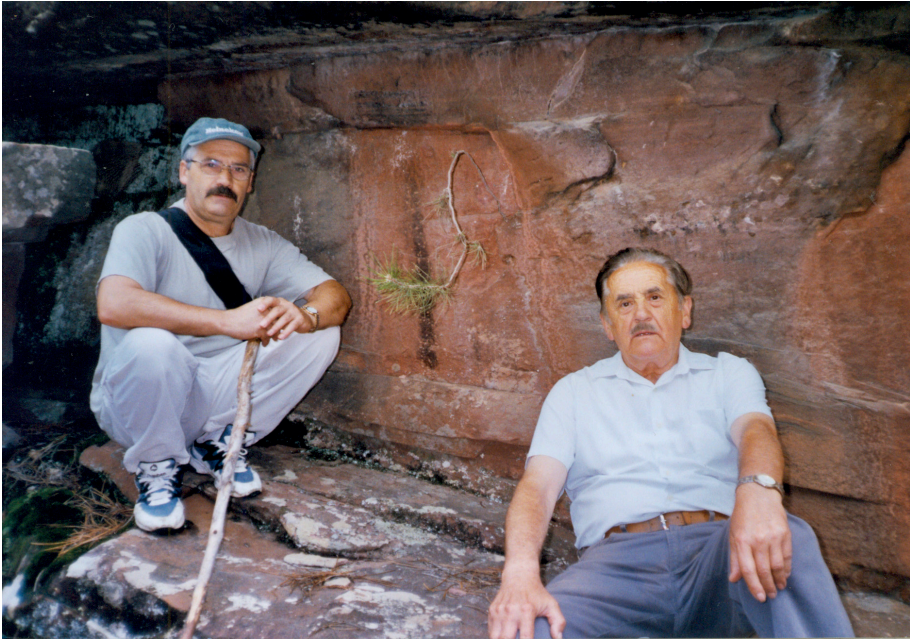
Las enormes paredes hechas a costa de tanto sudor, permanecen en gran medida desafiantes al tiempo. Pero la degradación lo invade todo, la gran maleza, los pinos; el rey pino todo lo llena.

Más abajo, ya en el regajo, al pie de la presa que sirvió de almacén hídrico a los mineros de los años sesenta, hacemos acopios de energía,

sentados en la ribera, con los pies zambullidos en el agua fresquísima que nace aquí, en estos bellos lugares cercanos al pueblo de Bezas y que forma un regajo aprendiz de río.

Mientras gozamos de ese descanso bien ganado y damos rienda suelta a nuestros recuerdos del ayer nostálgicos de nuestra juventud que hoy hemos revivido y que volveremos a revivir, a buen seguro, siempre que podamos, hay en mi un pensamiento constante que me tiene sumergido. Una duda que nadie ha podido desvelarme. Son los ancestros de nuestros abuelos, a los que yo, cada vez que subo a Las Tajadas, quiero ver en cada covacha, en cada carasol; a la espera del lobo, o de la cabra, del gato, de la fuina, que constituían y llenaban buena parte de su existencia.

El autor y un sobrino



En una de mis prospecciones en Las Tajadas, por el espacio de los Cerrados de Calixto, sobre la década de los 90 del siglo pasado, me acerqué a este abrigo totalmente al resguardo de las lluvias –si acaso se observa alguna levísima filtración por grietas de la roca–, quedando gratamente admirado y sorprendido por este pinito que allí ha nacido, sabe Dios cuantos años bará. Suelo visitarlo todos los años y apenas noto crecimiento alguno, pero está vivo. Hace, pues, más de veinte años que yo lo conozco, ¿Durará aún mucho años más...?

Foto J. Sánchez V., verano 2002.

